

esas palabras interiores de la Divina Majestad. Señor San José, desde su nacimiento hasta su muerte, vivió en la humildad de una oscura condición, en medio del olvido de los hombres, en el silencio y la oración; en una palabra, en esa completa humillación de todas las concupiscencias humanas, que da los auxilios mas eficaces para perfeccionarse y adelantar en la oración. ¡Cuánto no debía ayudar á nuestro bienaventurado Patriarca esa continua tranquilidad de la casa de Nazaret, para prestar fielmente el oído á todas las enseñanzas por las cuales se dignaba el Señor instruirle! ¡cuánta facilidad no debía encontrar para hablar á Dios sin cesar el que tan rara vez hablaba con los hombres! y el que todos desdeñaban y despreciaban, ¡cómo debía tener constantemente acceso cerca del Dios que resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes! (1)

Y puesto que José vivía, por un privilegio inaudito, en la sociedad cotidiana de Jesucristo y de María; su Esposa, la Bienaventurada Virgen, toda llena de ese Espíritu divino que había reposado sobre Ella con una plenitud inexplicable, *cubriéndola con su som-*

(1) Jac., IV.

*bra*, ¿no debía á cada instante hacer descender sobre José algunos de los rayos divinos de que su alma estaba llena? Aquella que penetraba mas profundamente que ninguna otra criatura los secretos de las tres Personas divinas y de su habitación en el santuario de nuestras almas, ¿no debía dar parte de sus luces al hombre á quien se complacía en llamar su Señor y su Esposo? Jesucristo completaba al lado de Señor San José las suaves operaciones de su Madre: pues Él que viene á este mundo para manifestarnos á Dios su Padre, ¿cómo pues habría omitido el dar á Señor San José la abundancia de las comunicaciones divinas? ¿Cómo habría podido rehusar á su padre lo que tenía intención de conceder á tantos santos?

Notemos finalmente que Señor San José aprovechaba todas estas gracias con una fidelidad constante que no dejaba perder ninguna ocasión ni ningún instante. Prevenido desde el principio por beneficios singulares, rodeado constantemente por los auxilios mas poderosos, é inundado por la abundancia de las aguas divinas de la gracia, empleaba con santa avaricia, cada luz, cada movimiento y cada palabra que recibía del Espíritu Santo. Su perfecta fidelidad aumentaba la liberali-

dad divina, y multiplicaba los dones en las manos de ese Dios que se complace en dar sin medida cuando encuentra en nosotros alguna puerta abierta á sus larguezas. Calculamos después de esto, si es posible, y ensayemos el determinar aun por conjetura, cuál debía ser la eminencia de José en el santo ejercicio de la oración mental. Sin duda ninguna, debía sentir incesantemente á Dios en su alma; debía estar perfectamente penetrado por las tres Personas divinas; y el que lo hubiera contemplado después de las conversaciones tan íntimas que el Señor tenía con él como con el legislador de los hebreos, habría visto su faz toda encendida, y no habría podido sostener el resplandor divino que se escapaba de sus miradas.

Esta oración elevadísima y tan continua del glorioso Señor San José, le constituye naturalmente el guía y el patrón de todos aquellos que se ejercitan en la santa ocupación de la oración. Señor San José es el Esposo de esa Virgen benévola, que místicamente oculta bajo el velo de *la Sabiduría*, dice en el libro del Eclesiástico: «*Videte quoniam non solum mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem*: (1) Ved, que no he trabajado para

(1) Eccli., XXIV.

mí sola, sino para todos los que buscan la verdad.» Verdaderamente, Señor Jan José marcha sobre las huellas de su Bienaventurada Esposa, y tiene como Ella á gran dicha el enriquecer nuestra miseria, asociándonos á los felices frutos de sus trabajos. Él abre en nuestro favor los tesoros que posee; nos da ese alimento divino, ese trigo vivificador que ha recogido por su laboriosa industria; y su liberal asistencia nos hace avanzar fácilmente á grandes pasos en el camino de la oración.

Muchas veces, cuando miramos á nuestro al derredor para descubrir un guía que supla nuestras ignorancias y sepa introducirnos en esas bienaventuradas regiones de la oración; cuando buscamos un *Moisés* para servirnos de legislador y de padre, un *Josué* para que tome en su mano nuestra defensa, no encontramos ningún hombre que esté instruido en estos misterios, y que nos haga caminar adelante con esa certeza poderosa que sólo la experiencia personal es capaz de dar.

Pues vamos á Señor San José y pidámosle que nos conduzca. Que él sea por sobre todos los hombres, y por sobre todos los otros santos, nuestro padre espiritual, nuestro *Moisés*, nuestro *Josué*, el guía y el sostén de

nuestra alma; y caminaremos con seguridad bajo su prudente dirección. ¿Acaso no conoce él perfectísimamente el término feliz hacia el cual Dios nos arrastra? ¿No discierne todas las astucias del enemigo, todas sus mentiras y todos sus lazos? ¿No sabe cuáles son las armas que rompen y destruyen todos sus esfuerzos? José *sabrá* ayudarnos, porque es sabio; *podrá* ayudarnos, porque es muy poderoso; y *querrá* ayudarnos, porque es bueno. Bajo su custodia, caminaremos con seguridad, hasta *el fin de la vocación sublime que Dios nos hace en Jesucristo.* (1)

Escuchemos acerca de este punto el testimonio notable de una alma santa, el de Teresa de Jesús, esa admirable contemplativa que atravesó tan gloriosamente todos los grados inferiores de la oración, para iluminarse plenamente en las celestiales claridades que Dios derrama en las almas cuando se manifiesta á ellas por sí mismo. «Las personas de oración, dice la reformadora del Carmelo, deben ser muy aficionadas á Señor San José; y á las que falta dirección, para instruirse en esta santa práctica, no tienen mas que tomar á este admirable Santo por su guía, á fin de

(1) Phil., IV.

no extraviarse.» Estas palabras valen mas que todos los razonamientos posibles, si se considera la grande autoridad que posee en estas materias, la que la pronuncia con tan perfecta seguridad.

Santa Teresa, como todas las almas profundamente convencidas, no teme hacer pasar á sus actos exteriores las verdades que anuncia y enseña. Apresúrase á poner bajo la poderosa protección de Señor San José todas las numerosas casas reformadas que llegó á fundar en su patria. (1) Bajo el patrocinio de este gran Maestro de los caminos espirituales quiere ver á sus primeras hijas ejercitarse en todas las santas prácticas que acaba de restablecer, y principalmente en la oración, que forma como el alma de toda la observancia de las Carmelitas. Y ¿cuáles son los efectos de esta conducta universalmente adoptada por la santa? Podríamos juzgar de ello por la historia de las primeras hermanas ó madres del Carmelo reformado: mas si es menester una ojeada de conjunto que nos dis-

(1) La primera iglesia francesa dedicada bajo la advocación de Señor San José, es la del convento fundado en Paris en el siglo XVII, por los Carmelitas reformados. Actualmente está ocupada por la Orden de los Frailes Predicadores.

pense de toda pesquisa y de toda *apreciación* en estas materias necesariamente delicadas y sujetas á la ilusión, tenemos el testimonio de la misma fundadora; tenemos su propio juicio tan competente en materias semejantes. Hé aquí las palabras que leemos en el libro de las *Fundaciones*.

«Pues tornando á lo que decía, son tantas las mercedes que el Señor hace, en estas casas, que llevándolas Dios á todas por meditación, algunas llegan á contemplación perfecta, y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto, de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos ó tres de éstas.»

¿Acaso sería hoy Señor San José menos poderoso de lo que era hace trescientos años cuando la reforma del Monte Carmelo? No, ciertamente. Su crédito para con Dios no ha sufrido ninguna disminución; antes bien, debe hoy manifestar más su poder y su bondad, puesto que su glorioso nombre significa: *aumento* ó *crecimiento*: debe conceder hoy beneficios mas señalados. Tengamos, pues, singular confianza en su protección paternal; y para recompensarnos de nuestro amor á su

augusta Persona, nos hará atravesar felizmente las primeras moradas de ese místico Castillo cuyas diversas moradas ha descrito Teresa; y se dignará introducirnos cuando llegue el tiempo, en las moradas interiores á donde no llega ya el ruido del mundo, en donde son impotentes las tentaciones del enemigo, y donde la presencia inmediata y grandiosa del Señor Dios, llena toda el alma de las luces mas puras y del ardor del santo amor.

## CAPITULO IX.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas humildes.

SEÑOR SAN JOSÉ reunía á los dones resplandecientes de la oración mas sublime, los dones aun mas preciosos de una profunda humildad.

Cómo Señor San José excedía en esta virtud tan necesaria á todos los verdaderos discípulos de Jesucristo nuestro Señor, es lo que resalta, por decirlo así, *evidentemente*, de su historia, como podemos conocerlo por la relación compendiada de los Evangelios. Hay ciertas virtudes y ciertos estados del alma que no pueden permanecer ocultos en el asi-